

Un torbellino intelectual: Juan Carlos Garavaglia en México en los años de 1980-1984, un testimonio personal.

Recuerdo que fue a principios de 1980 cuando irrumpió en la vida académica mexicana, y en la mía propia, ese torbellino intelectual que era Juan Carlos Garavaglia, gran historiador argentino y latinoamericano, fallecido hace poco. El arribo de este apasionado colonialista a las playas mexicanas se debió a la generosidad de la acogida de la Universidad Autónoma Metropolitana en la ciudad de México, que en esos años contrataba muchos profesores de diversas latitudes para impulsar sus nuevos departamentos de humanidades, ciencias sociales y ciencias naturales. La razón de esta generosidad se vinculaba directamente con la coyuntura económica, pues era el momento de auge del petróleo mexicano y la consiguiente abundancia fiscal que pudo canalizarse en una pequeña pero importante parte a las universidades públicas.

El “campus” de la Universidad donde laboró cinco años Juan Carlos con increíble energía y gran entusiasmo es la de Iztapalapa, ubicada en la parte oriental de la gran urbe mexicana, en un extenso barrio obrero. En historia en la UAM-I¹, se había puesto en marcha una licenciatura en historia y, pronto, una maestría muy cosmopolita, que mucho debió a la conducción de Hira de Gortari, a la sazón jefe del Departamento de Filosofía (que incluía historia, literatura y filosofía), quien alentó de manera muy diplomática y eficaz la incorporación de un elenco de una serie de colegas de muy diversas tierras. La llegada de Garavaglia sin duda representó una chispa esencial para incentivar y motivar trabajos de historia económica y social latinoamericanos, pero hay que añadir que esto también se logró por el estimulante y diverso grupo de académicos que se habían juntado en Iztapalapa. Sólo mencionaré algunos de mis colegas de entonces que celebraron infinidad de seminarios y discusiones con Juan Carlos: entre ellos estaban Juan Oddone gran investigador uruguayo, Guy Pierre, haitiano, Jan Patula, polaco, Geralda Días, brasileña, Carmen Ramos y Norma Zubirán, mexicanas, además de Hira de Gortari, especialista en historia urbana, recién doctorado de la Universidad de París, como muchos otros colegas que habían estudiado en Francia.

En mi calidad de flamante y joven coordinador de la maestría en historia, me tocó trabajar muy estrechamente con Juan Carlos, quien con su proverbial entusiasmo, inteligencia y alegría, fue alma de muchos proyectos de investigación y grupos de trabajos que dirigimos conjuntamente. Su extraordinaria dedicación a los alumnos, y a estimular ideas y metodología novedosas se manifestó particularmente en los seminarios de tesis, que él animaba, los cuales fueron

¹ Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

semillero de trabajos muy innovadores y claves en la formación de decenas de alumnos de todo México que hoy son profesores investigadores en muchas universidades y centros de investigación.

Garavaglia traía ya un equipaje intelectual formidable, habiendo sido formado y trabajado con historiadores muy destacados en Argentina, Francia e Italia, lo cual contribuyó a que, al escucharlo como profesor e investigador, uno sintiera siempre la llegada de aires nuevos y el vínculo con redes de académicos internacionales. Traía en esos momentos debajo del brazo un gran trabajo, que había sido su tesis doctoral sobre la historia de la yerba maté en el Paraguay colonial, que pudo publicar en México bajo el título de *Mercado interno y economía colonial* (1983). Ello fue posible gracias al vínculo con la oficina mexicana de la editorial Grijalbo, entonces dirigida por el inquieto Rogelio Carvajal; dicho sea de paso, en el prólogo de dicho libro se delinearán aspectos claves de la biografía intelectual de Juan Carlos, que valen la pena tener en cuenta en todo esfuerzo por recuperar su legado. El trabajo en cuestión, es un magnífico estudio, muy meticuloso del comercio y de la agricultura en la época colonial en una de las regiones que menos había sido estudiada de la América española. En sus páginas se observa especialmente la huella de los innovadores trabajos de Carlos Sempat Assadourian sobre el mercado interno colonial, pero también debe mucho a los debates inspirados por la colección editorial de Pasado y Presente, publicados por la editorial Siglo XXI en Buenos Aires en los años de 1970, en los que Juan Carlos había sido activo participante con textos breves y brillantes.

Estos estudios, y en particular su afán por desentrañar los complejos secretos de la circulación y producción en la economía colonial hispanoamericana le encaminaron a zambullirse en la historia mexicana del siglo XVIII por la increíble riqueza de las fuentes que fue descubriendo. Recuerdo el entusiasmo con el cual Juan Carlos recibió la noticia hacia 1980 - tras el traslado del Archivo General de la Nación a Lecumberri- de la posibilidad de organizar el fondo de “alcabalas”, merced a la iniciativa de Alejandra Moreno Toscano, la magnífica directora de ese archivo. Una vez identificados una quinientas cajas de documentación del ramo, Garavaglia se abalanzó sobre las series más completas que pudieron localizarse, con auxilio de algunos becarios. De allí que pudo poner en marcha un ambicioso proyecto de investigación que desarrolló de la mano de su entrañable amigo, Juan Carlos Grosso, quien viajaba de Puebla por autobús hasta llegar a la Terminal de Autobuses de Oriente, para luego encontrarse con Garavaglia en el gran archivo, muy cerca de allí. Fueron tiempos emocionantes para ambos ya que hicieron notables descubrimientos sobre la riqueza y diversidad del comercio en el México virreinal, tanto de “productos de la tierra” como de los bienes importados los productos “de Castilla”. Sus publicaciones fueron legión y atrajeron la atención de

numerosos alumnos, luego profesores, que siguieron trabajaron estas vetas documentales que han demostrado ser enormemente fértiles.

En mi humilde opinión, toda esta obra conjunta de Garavaglia y Grosso sobre las alcabalas, debiera digitalizarse, ya que son trabajos que son ya de relativamente difícil localización. Además incluyen series que, en formato Excell, pueden ser de gran utilidad. Juan Carlos fue pionero en el esfuerzo por utilizar tempranamente los métodos de programación en cómputo para el fin de procesar gran cantidad de series. Esto me consta ya que Garavaglia me metió en curso *a duo* con el ingeniero director de cómputo de la UAM-I durante más de medio año a aprender el lenguaje de “Basic”; evidentemente, se estaba entonces en los albores de la aplicación de la computación a las ciencias sociales”, con lo cual finalmente pudo procesar mucha información muy detallada de los registros coloniales.

La estancia en México de los dos Juan Carlos, sin embargo, pronto se terminaría ya que con el fin de la dictadura en Argentina, Garavaglia y Grosso resolvieron que les incumbía regresar al Río de la Plata, razón por la cual pronto ambos se incorporaron al nuevo departamento de historia en la Universidad de Tandil en el centro de la provincia de Buenos Aires. Allí impulsaron nuevos grupos de trabajo, revistas, libros y, también, formaron muchos alumnos (algunos de los cuales luego viajarían a México a estudiar en El Colegio de México), la mayor parte de ellos hoy profesores en diversos centros académicos del continente. Posteriormente, y de nuevo, el siempre inquieto Garavaglia se trasladó a París donde se incorporó a la Escuela de altos estudios en ciencias sociales (EHESS), donde destacó como profesor e investigador, publicando infinidad de obras de historia latinoamericana en español y francés. En esa época contribuyó a ampliar de manera notable la visión y comprensión de la historia agraria del Río de la Plata en el siglo XVIII y principios del siglo XIX, utilizando en muchos casos herramientas de trabajo y de archivo que había desarrollado en México.

Quizá una de las facetas más sorprendentes de Juan Carlos Garavaglia era su capacidad para impulsar grupos de trabajos, incluyendo muchos profesores y alumnos, en varios países a la vez: en Francia, en España – en los famosos cursos de verano en Huelva- que codirigía con Juan Marchena, y en Argentina con variados círculos y redes de trabajo, investigación pero también de alegría, de bromas, de vino y de buen comer. Ya en tiempos más recientes, Juan Carlos se trasladó a la Universidad Pompeu Fabra en Barcelona, y tuvo la fortuna de adquirir una casa de campo donde residía en el sur de Francia. Me imagino que allí habrá escrito su último libro autobiográfico. Yo tenía planeado hacer un peregrinaje este año a visitarlo para poder disfrutar de su conversación siempre amena, su estupendo sentido de humor y su vitalidad y curiosidad incesantes. Me he quedado con las ganas y me entristece profundamente, pero aprovecho esta nota

para mandarle un fuerte abrazo a este gran amigo que espero esté caminando por los jardines de los campos elíseos, discutiendo sobre mil y un temas, como siempre con todos sus amigos. Se nos fue un gran historiador y colega que extrañamos aquí en México y a cuya memoria queremos colaborar con algunos trabajos futuros. Felicitamos a Tandil por la iniciativa de la página web en honor a Juan Carlos Garavaglia y, por ende, a todos los que convivieron y trabajaron con él.

Carlos Marichal (El Colegio de México)